

CROSSWALK

Hermosa Ruptura

UNA SERIE SOBRE MARK.

GUÍA DE LA SERIE



GUÍA DE LA SERIE

Escrito por
ANDREAS BECCAI

*Traducido por
Cindy Rivas*

© Lovewell Creative

This is a work for hire for Lovewell Creative.

Lovewell Creative
10421 Corporate Drive
Redlands CA, 92374
www.lovewellcreative.org

INTRODUCCION

Estamos empezando en medio del Evangelio de Marcos, lo cual, reconozco, puede parecer un poco extraño, pero es totalmente intencional. Para cuando llegamos al capítulo 8, Jesús lleva meses enseñando, sanando y dejando a la gente desconcertada. Las multitudes le siguen, los líderes religiosos le cuestionan, y sus discípulos intentan averiguar quién es realmente.

Es en este punto cuando Jesús deja de ser evasivo sobre su identidad y empieza a hablar con total claridad acerca de su misión. Y no es, en absoluto, lo que nadie esperaba.

Vamos a recorrer el camino hacia la cruz a través de los ojos de personas que creían saber cómo debía ser un Mesías. Personas con expectativas muy definidas sobre cómo debería actuar Dios en el mundo. Personas que, siendo sinceros, se parecen bastante a nosotros.

“El Camino hacia la Cruz” no solo trata de lo que le ocurrió a Jesús hace dos mil años. Trata de lo que nos ocurre a nosotros cuando el Dios que creemos entender resulta ser completamente distinto de lo que imaginábamos. Trata de seguir a un Rey cuya corona está hecha de espinas, cuyo trono es una cruz, y cuya victoria se parece muchísimo a una derrota.

Marcos no nos ofrece un Jesús cómodo. Nos presenta a un Rey inesperado que desafía todo lo que creemos saber sobre el poder, el éxito y lo que significa ganar. Este camino nos llevará por la confesión y la confusión, la gloria y la lucha, la grandeza redefinida y las expectativas hechas añicos.

Durante estas seis semanas previas a la Pascua, descubriremos que la cruz no es solo el destino del camino de Jesús, sino la revelación de quién ha sido Él desde el principio. La hermosa paradoja de un Rey que conquista rindiéndose y que salva al mundo perdiéndolo todo.

¿Estás dispuesto a que tus expectativas se vean desafiadas? ¿Listo para seguir a un Rey que no encaja en nuestros moldes? ¿Preparado para iniciar el camino hacia la cruz?

—Pastor Andreas y el Equipo de Enseñanza de Crosswalk Church

SEMANA 1 - LUNES

LA PREGUNTA QUE LO CAMBIO TODO

Marcos 8:27-30 (NTV) “Jesús y sus discípulos salieron de Galilea y fueron a las aldeas cerca de Cesarea de Filipo. Mientras caminaban, él les preguntó: —¿Quién dice la gente que soy?— Bueno —contestaron—, algunos dicen Juan el Bautista, otros dicen Elías, y otros dicen que eres uno de los otros profetas. Entonces les preguntó: —Y ustedes, ¿quién dicen que soy? Pedro contestó: —Tú eres el Mesías. Pero Jesús les advirtió que no le contaran a nadie acerca de él.”

«¿Quién decís que soy?» Es la pregunta más importante que Jesús hizo jamás, y es la que impulsa todo lo que viene después en el Evangelio de Marcos. La pregunta pasa de la especulación colectiva a la declaración personal, de la observación distante al reconocimiento íntimo. Tras meses enseñando y sanando, después de alimentar a miles y de caminar sobre el agua, Jesús finalmente plantea la pregunta que de verdad importa.

Fíjate que Jesús no empieza con «¿Quién soy yo?». Empieza con «¿Quién dice la gente que soy?». Las multitudes tienen opiniones. Tienen teorías. Algunos piensan que es Juan el Bautista vuelto de entre los muertos. Otros creen que es Elías que ha regresado. Otros más suponen que es simplemente otro profeta en una larga lista de profetas.

Todas estas opciones son impresionantes. Todas reconocen que está ocurriendo algo especial. Pero todas mantienen a Jesús dentro de la categoría de «ser humano realmente bueno». Profeta, maestro, hacedor de milagros... son roles que la gente puede comprender y manejar.

Pero entonces Jesús lo hace personal: «¿Y vosotros, quién decís que soy?». No las multitudes. No los expertos religiosos. No quienes han oído las historias de oídas. Vosotros. Los que habéis caminado conmigo, comido conmigo, visto cómo sano a los enfermos y calmo las tormentas. ¿Quién decís que soy?

Pedro, bendito sea, lo acierta: «Tú eres el Mesías». El Cristo. El Ungido. El Rey que llevábamos esperando. Es la respuesta correcta a la pregunta correcta, y casi se puede oír el alivio en la voz de Pedro. Por fin podemos decirlo en voz alta. Por fin podemos reconocer lo que llevamos pensando. Pero en lugar de celebración, Jesús les dice que no se lo cuenten a nadie. En vez de confirmación, recibimos desconcierto. Porque la respuesta acertada de Pedro está a punto de chocar con la definición inesperada que Jesús tiene de lo que significa ser el Mesías.

La pregunta «¿Quién decís que soy?» no se trata solo de dar la respuesta teológica correcta. Se trata de estar dispuestos a seguir a donde esa respuesta nos lleve, incluso cuando no encaja con nuestras expectativas.

REFLEXIONA

1. Si Jesús te preguntara personalmente: «¿Quién dices que soy yo?», ¿cómo responderías?
2. ¿Qué expectativas tienes acerca de cómo debería obrar Jesús en tu vida?
3. ¿Cómo reaccionas cuando Jesús no encaja en el molde que tú mismo le has creado?

SEMANA 1 - MARTES

EL MESIAS QUE NO ESPERABAMOS

Marcos 8:31-33 (NTV) *“Entonces Jesús comenzó a decirles que el Hijo del Hombre[c] tendría que sufrir muchas cosas terribles y ser rechazado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los maestros de la ley religiosa. Lo matarían, pero tres días después resucitaría. Mientras hablaba abiertamente de eso con sus discípulos, Pedro lo llevó aparte y empezó a reprenderlo por decir semejantes cosas. Jesús se dio la vuelta, miró a sus discípulos y reprendió a Pedro: «¡Aléjate de mí, Satanás!—dijo—. Ves las cosas solamente desde el punto de vista humano, no del punto de vista de Dios».”*

La conversación da un giro brusco. Pedro acaba de declarar que Jesús es el Mesías y, en lugar de celebrarlo, Jesús empieza a hablar de sufrimiento, rechazo y muerte. No es exactamente lo que nadie esperaba.

«Debe sufrir». Jesús no dice que quizá sufra ni que el sufrimiento sea una posibilidad entre muchas. Dice que debe sufrir. No es un desvío desafortunado de su misión; es el corazón mismo de su misión. El camino hacia el trono pasa por la cruz. La reacción de Pedro es totalmente comprensible. Acaba de confesar que Jesús es el Rey prometido, y ahora Jesús habla de que lo matarán. En la mente de Pedro, los Mesías no mueren: conquistan. No sufren: reinan. No son rechazados: son coronados.

Así que Pedro hace lo que haría cualquier buen amigo: toma a Jesús aparte e intenta hacerlo entrar en razón. «Jesús, esto es una locura. Eres el Mesías. Se supone que debes derrotar a los romanos, no que te maten. Debes establecer el Reino, no morir en una cruz».

Pero la respuesta de Jesús es impactante: «¡Apártate de mí, Satanás!». Son unas de las palabras más duras que Jesús dirige a un discípulo. ¿Por qué una reacción tan fuerte ante lo que parece ser la preocupación de un amigo que intenta protegerle?

Porque la perspectiva de Pedro representa la tentación fundamental que Jesús enfrentó durante todo su ministerio: la tentación de ser el Mesías que la gente quería en lugar del Mesías que el mundo necesitaba. La tentación de elegir un camino más fácil, más popular, una corona sin cruz. Jesús lo describe como «ver las cosas solo desde un punto de vista humano». Desde la perspectiva humana, el poder viene del dominio, la victoria de la violencia y el éxito de la autopreservación. Pero la perspectiva de Dios es radicalmente distinta. En el Reino de Dios, el poder viene del servicio, la victoria del sacrificio y el éxito de la entrega.

REFLEXIONA

1. ¿En qué aspectos te descubres deseando que Jesús actúe de formas más “humanas” en tu vida?
2. ¿Cómo reaccionas cuando los métodos de Dios no encajan con tus expectativas?
3. ¿Cómo sería adoptar la «perspectiva de Dios» frente a un desafío que estés viviendo ahora?

SEMANA 1 - MIERCOLES

EL COSTO DE SEGUIRLE

Marcos 8:34-38 (NTV) *“Entonces llamó a la multitud para que se uniera a los discípulos, y dijo: «Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su propia manera de vivir, tomar su cruz y seguirme. Si tratas de aferrarte a la vida, la perderás; pero si entregas tu vida por mi causa y por causa de la Buena Noticia, la salvarás. ¿Y qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero pero pierdes tu propia alma? ¿Hay algo que valga más que tu alma? Si alguien se avergüenza de mí y de mi mensaje en estos días de adulterio y de pecado, el Hijo del Hombre se avergonzará de esa persona cuando regrese en la gloria de su Padre con sus santos ángeles».*

Jesús no solo redefine lo que significa ser el Mesías, también redefine lo que significa seguir al Mesías. Si el Rey toma una cruz, entonces sus seguidores también lo harán. Si el camino hacia la vida pasa por la muerte, entonces ese es el camino para todos los que desean caminar con Él. “Abandona tu propia manera de vivir”. Este es el primer requisito del discipulado, y también el más difícil. Todos tenemos nuestro propio camino, nuestros propios planes, prioridades e ideas sobre cómo debería desarrollarse la vida. Seguir a Jesús significa entregar el derecho de ser los directores de nuestra propia historia.

“Toma tu cruz”. En tiempos de Jesús, todos sabían lo que significaba una cruz. Significaba ejecución. Significaba el fin de tu propia agenda y el comienzo del juicio de Roma. Cuando Jesús dice “toma tu cruz”, no está hablando de pequeñas molestias ni de circunstancias difíciles. Está hablando de morir a la voluntad propia.

Pero aquí aparece la paradoja que atraviesa toda la enseñanza de Jesús: el camino para encontrar tu vida es perderla. La manera de salvarte es entregarte. La forma de experimentar una realización verdadera es dejar de convertir la realización personal en tu objetivo principal. No se trata de masoquismo ni de un deseo de muerte. Es reconocer que la vida que nos empeñamos en preservar y proteger es, en realidad, demasiado pequeña para nosotros. Fuimos creados para algo más grande que nuestra propia comodidad, éxito o felicidad. Fuimos creados para el reino de Dios.

“¿De qué te sirve ganar el mundo entero si pierdes tu alma?” Jesús plantea la pregunta definitiva sobre coste y beneficio. ¿De qué sirve tener todo lo que crees desear si pierdes aquello para lo que fuiste creado? ¿De qué sirve “triunfar” en la vida si te pierdes el sentido de la vida? El camino que Jesús ofrece no es más fácil que las alternativas, es mejor. Marca la diferencia entre una vida centrada en protegerte a ti mismo y una vida invertida en algo que tiene valor eterno.

REFLEXIONA

1. ¿Qué aspectos de «tu propio camino» te está pidiendo Jesús que entregues?
2. ¿En qué áreas intentas mantener el control en lugar de tomar tu cruz?
3. ¿Cómo podría ayudarte a encontrar tu vida el hecho de perderla por causa de Jesús?

SEMANA 1 - JUEVES

UNA RESPUESTA INESPERADA

Marcos 8:34-38 (NTV) *“Jesús y sus discípulos salieron de Galilea y fueron a las aldeas cerca de Cesarea de Filipo. Mientras caminaban, él les preguntó: —¿Quién dice la gente que soy?— Bueno —contestaron—, algunos dicen Juan el Bautista, otros dicen Elías, y otros dicen que eres uno de los otros profetas. Entonces les preguntó: —Y ustedes, ¿quién dicen que soy? Pedro contestó: —Tú eres el Mesías.”*

Detengámonos un momento en la respuesta de Pedro: “Tú eres el Mesías”. Tres palabras que marcaron un punto de no retorno. No dijo: “Eres un buen maestro”, ni “Eres un líder inspirador”, ni siquiera “Eres un profeta poderoso”. Tú eres el Mesías. El que estábamos esperando. Aquél hacia quien toda la historia ha estado apuntando.

Pero hay algo que debemos comprender: la respuesta correcta de Pedro seguía siendo una respuesta incompleta. Pedro sabía que Jesús era el Mesías, pero no tenía idea de qué tipo de Mesías sería. Pedro pensaba en sala del trono; Jesús pensaba en la cruz. Pedro pensaba en corona; Jesús pensaba en crucifixión.

Este es uno de los lugares espirituales más peligrosos en los que podemos encontrarnos: tener la respuesta correcta pero la comprensión equivocada. Decir las palabras adecuadas sin captar su significado profundo. Confesar a Jesús como Señor mientras esperamos que sea un tipo de Señor diferente del que realmente es. El Mesías que Pedro esperaba resolvía problemas mediante el poder, derrotaba enemigos con violencia y establecía el reino a través del dominio político. El Mesías que Jesús realmente es resuelve los problemas mediante el sacrificio, derrota a los enemigos con amor y establece el reino mediante un servicio que acepta el sufrimiento.

La confesión de Pedro era verdadera, pero sus expectativas estaban a punto de romperse en pedazos. Y quizá eso era exactamente lo que tenía que pasar. Quizá nuestras expectativas también necesitan romperse.

¿Cuántas veces vamos a Jesús con el título correcto pero la agenda equivocada? Lo llamamos Señor, pero queremos que sea nuestro asistente. Lo llamamos Salvador, pero queremos que nos salve de la incomodidad, no del pecado. Lo llamamos Rey, pero queremos que refrende nuestros propios reinos en vez de establecer el suyo.

Lo hermoso de Jesús es que no nos rechaza porque nuestra comprensión sea incompleta. No descarta a Pedro porque sus expectativas sean erróneas. Enseña con paciencia, revela poco a poco y corrige con amor. Pero tampoco nos deja en nuestro malentendido. Nos quiere demasiado como para permitir que nos conformemos con un Jesús demasiado pequeño.

REFLEXIONA

1. ¿En qué aspectos podría seguir siendo incompleta tu comprensión de quién es Jesús?
2. ¿Cómo respondes cuando Jesús no cumple tus expectativas sobre cómo debería actuar?
3. ¿Dónde podría estar invitándote Jesús a ampliar tu entendimiento de quién es Él?

SEMANA 1 - VIERNES

EL SILENCIO QUE HABLA

Marcos 8:30 (NTV) *“Pero Jesús les advirtió que no le contaran a nadie acerca de él.”*

Este es uno de los versículos más desconcertantes de los Evangelios. Pedro acaba de dar la respuesta correcta a la pregunta más importante jamás formulada, y Jesús le dice que guarde silencio sobre ello.

Imagínate en una clase. Has estado estudiando durante semanas: tarjetas con apuntes, ejercicios de práctica, noches de desvelo. Por fin, el profesor hace la pregunta para la que te has estado preparando. Levantas la mano de inmediato. La clavas. Respuesta perfecta. Y entonces el profesor te mira y te dice: «No le digas a nadie lo que acabas de decir». Te quedarías perplejo. ¿No se supone que dar la respuesta correcta es motivo de celebración? Pero eso es exactamente lo que hace Jesús.

A lo largo del Evangelio de Marcos, vemos este patrón una y otra vez. Jesús sana a alguien y le dice que no se lo cuente a nadie. Expulsa demonios y les ordena guardar silencio. Revela su identidad a los discípulos y les advierte que no difundan la noticia. Los estudiosos lo llaman el «Secreto Mesianico», y revela algo crucial sobre cómo entendía Jesús su misión.

Jesús no estaba interesado en hacerse famoso. Estaba interesado en ser fiel. No buscaba reunir multitudes; buscaba construir un reino. Y sabía que si la gente escuchaba la palabra «Mesías» sin comprender qué tipo de Mesías era Él, le seguirían por razones equivocadas. Si la noticia se difundía, las multitudes esperarían que iniciara una revolución, que expulsara a los romanos y estableciera un reino terrenal. Llegarían buscando un salvador político, no uno espiritual. Querrían pan y espectáculos, no muerte y resurrección.

Jesús necesitaba tiempo para redefinir lo que significaba ser el Mesías antes de que el mundo escuchara la noticia. Necesitaba demostrar que su reino no era de este mundo, que su poder no se parecía al poder terrenal y que su victoria llegaría a través de una aparente derrota. Aquí hay sabiduría para nosotros también. A veces, lo más amoroso que podemos hacer es esperar antes de hablar. A veces la gente necesita ver nuestra vida antes de oír nuestras palabras. A veces el evangelio se demuestra mejor que se declara, se vive mejor que se proclama.

Esto no significa que nunca debamos hablar de nuestra fe; la Gran Comisión deja claro que estamos llamados a compartir las buenas noticias. Pero sí significa que debemos ser cuidadosos con el momento, el contexto y la preparación. Significa que debemos preocuparnos más por la fidelidad que por la visibilidad. El silencio de Jesús no se trataba de ocultar la verdad, sino de revelarla de la manera adecuada en el momento adecuado. A veces el testimonio más poderoso es una vida tan fiel que obliga a los demás a hacerse preguntas.

REFLEXIONA

1. ¿Cuándo puede ser el silencio más poderoso que las palabras a la hora de compartir tu fe?
2. ¿Cómo puedes «demostrar el evangelio» antes de declararlo?
3. ¿En qué área te está pidiendo Jesús que seas fiel en lugar de intentar ser visible o reconocido?

SEMANA 2 - LUNES

LA MONTAÑA DE GLORIA

Marcos 9:2-8 (NTV) *“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan y los llevó a una montaña alta para estar a solas. Mientras los hombres observaban, la apariencia de Jesús se transformó, y su ropa se volvió blanca resplandeciente, más de lo que cualquier blanqueador terrenal jamás podría lograr. Después aparecieron Elías y Moisés y comenzaron a conversar con Jesús. Pedro exclamó: «Rabí, ¡es maravilloso que estemos aquí! Hagamos tres enramadas como recordatorios: una para ti, una para Moisés y la otra para Elías». Dijo esto porque realmente no sabía qué otra cosa decir, pues todos estaban aterrados. Luego una nube los cubrió y, desde la nube, una voz dijo: «Este es mi Hijo muy amado. Escúchenlo a él». De pronto, cuando miraban ellos a su alrededor, Moisés y Elías se habían ido, y vieron solo a Jesús con ellos.”*

Los momentos en la cima de la montaña son escasos, pero cuando llegan, te transforman. Todavía recuerdo uno de cuando tenía dieciséis años, en un retiro de oración. Fue algo eléctrico. Santo. Sentí una cercanía de Dios tan abrumadora que aún hoy me cuesta ponerla en palabras. Y, como cualquiera que ha probado algo así de bueno, quería quedarme allí. Mantenerlo. No volver a bajar nunca.

Pedro, Santiago y Juan conocían bien esa sensación.

Subieron con Jesús a la montaña esperando nada más que otra sesión de oración. Pero entonces sucede: quedan envueltos en resplandor. Jesús —el Jesús de siempre, el familiar, el que camina con nosotros por los caminos polvorientos— brilla como un relámpago. Es como si el cielo corriera el telón y les permitiera ver quién es Él realmente. Aparecen Moisés y Elías, la Ley y los Profetas juntos, todas las esperanzas de Israel y las promesas de Dios convergiendo en un solo lugar, con Jesús en el centro. Pedro hace lo que todos hacemos cuando estamos sobrecogidos por la gloria: intenta contenerla.

«¡Construyamos unas chozas!» Traducción: Hagamos que este momento dure. Quedémonos aquí. No volvamos a bajar jamás. Pero Dios interrumpe con una declaración que lo reorienta todo: «Este es mi Hijo. Escuchadle».

En otras palabras (y aunque suene contradictorio): no te aferres al momento, aférrate a Jesús. No intentes capturar la gloria, acoge al que es la gloria. Cuando la nube se desvanece, Moisés y Elías ya no están. El resplandor desaparece. Solo Jesús permanece. El momento pasa, pero el Mesías se queda. Porque esos destellos de gloria no están hechos para ser guardados en un frasco; están hechos para prepararnos para lo que viene después.

REFLEXIONA

1. ¿Has vivido alguna vez un momento en el que sentiste la presencia de Dios de una forma poderosa?
2. ¿Qué cambió cuando «bajaste de la montaña»?
3. ¿Cómo se ve eso de escuchar a Jesús en tu vida cotidiana?

SEMANA 2 - MARTES

BAJANDO DE LA MONTAÑA

Marcos 9:9-13 (NTV) *“Mientras descendían de la montaña, él les dijo que no le contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre se levantara de los muertos. Así que guardaron el secreto, pero a menudo se preguntaban qué quería decir con «levantarse de los muertos». Entonces le preguntaron: —¿Por qué los maestros de la ley religiosa insisten en que Elías debe regresar antes de que venga el Mesías? Jesús contestó: —Es cierto que Elías viene primero a fin de dejar todo preparado. Sin embargo, ¿por qué las Escrituras dicen que el Hijo del Hombre debe sufrir mucho y ser tratado con total desprecio? Pero les digo, Elías ya vino, y ellos prefirieron maltratarlo, tal como lo predijeron las Escrituras.”*

El camino de bajada de la montaña siempre es más duro que la subida. Los discípulos acaban de ver a Jesús en gloria, radiante, inconfundible, divino. Pero los momentos en la montaña no son lugares para instalarse; son revelaciones destinadas a sostenernos en lo que viene después. Jesús les dice que guarden silencio hasta después de la resurrección. No porque se esté ocultando, sino porque la gloria sin la cruz es una verdad a medias. Un Mesías de milagros pero sin sufrimiento. Un Cristo de luz pero sin el amor demostrado en el sacrificio.

Los montañistas conocen bien esta verdad en su cuerpo: aproximadamente el 80% de los accidentes de escalada ocurren durante el descenso, no en la subida. Las piernas ya están fatigadas, avanzas más rápido y la gravedad trabaja en contra de tus articulaciones. Ed Viesturs, uno de los primeros estadounidenses en coronar los 14 picos de 8.000 metros del mundo, lo dijo sin rodeos: «Llegar a la cima es opcional. Bajar es obligatorio». La cumbre te da el subidón. El descenso exige que llegues vivo a casa cuando ya estás agotado y la adrenalina se ha desvanecido.

Y Jesús les recuerda: Elías sí vino en la persona de Juan el Bautista, pero en lugar de recibirlo, lo rechazaron. La gloria y el sufrimiento siempre están entrelazados en la historia de Dios. Aquí es donde la mayoría de nosotros luchamos. Queremos al Dios de la montaña sin el Dios del valle. Queremos el gran avance sin obediencia. Queremos claridad sin coste.

Así que Jesús los acompaña de vuelta a la montaña... pero hacia abajo, directamente hacia un mundo todavía lleno de confusión, dolor y resistencia. La montaña revela quién es Jesús en verdad. El valle revela lo que realmente significa ser discípulo.

REFLEXIONA

1. ¿Cómo te sientes cuando un “subidón espiritual” da paso a la vida cotidiana?
2. ¿En qué área sientes que Dios te está llamando ahora a “bajar de la montaña”?
3. ¿Cómo puedes llevar la claridad de la montaña a la incertidumbre del valle?

SEMANA 2 - MIERCOLES

EL VALLE DEL FRACASO

Marcos 9:14-19 (NTV) *“Cuando regresaron adonde estaban los demás discípulos, vieron que los rodeaba una gran multitud y que algunos maestros de la ley religiosa discutían con ellos... Un hombre de la multitud tomó la palabra y dijo: —Maestro, traje a mi hijo para que lo sanaras... Así que les pedí a tus discípulos que echaran fuera al espíritu maligno, pero no pudieron hacerlo. Jesús les dijo: [f] ¡Gente sin fe! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos? Tráiganme al muchacho».”*

El valle es el lugar donde nuestra fe se siente frágil y nuestras debilidades quedan al descubierto.

Mientras tres discípulos contemplaban la gloria en la cima de la montaña, los demás estaban atrapados en el valle, fracasando de manera estrepitosa. Un padre desesperado les llevó a su hijo atormentado, y no ocurrió nada. No hubo sanación. No hubo poder. Solo discusiones y acusaciones. Cuando Jesús llega, encuentra confusión, frustración y a los líderes religiosos revoloteando como buitres. El contraste no podía ser más extremo: Jesús resplandeciente en la montaña, discípulos desbordados en el fondo del valle.

Todos hemos estado ahí: grandes expectativas chocando con nuestras propias limitaciones. Hemos creído en un milagro, hemos orado por un cambio, nos hemos comprometido con prácticas espirituales... solo para descubrir que seguimos siendo impotentes.

Recuerdo una noche cuando mi hija era pequeña y mi esposa no se sentía bien—nada grave, solo agotamiento. Mi hija quiso orar por su mamá, así que nos reunimos alrededor de la cama. Aquella niña diminuta, con los ojos fuertemente cerrados, orando con toda la fe que cabía en su corazón. Y yo allí pensando: «Vale, Dios, esto depende de Ti. Tienes que responder. No la decepciones». Aquello me pareció tierno, vulnerable y casi ridículo a la vez. Esa vez, mi esposa mejoró. Pero no siempre es así. A veces oramos y nada cambia. A veces nuestra fe se siente más pequeña, no más fuerte.

El valle nos obliga a enfrentar las partes de nuestra fe que son frágiles, confusas o superficiales. Pero aquí está la buena noticia: Jesús nos encuentra en el valle. No espera a que volvamos a subir; Él lleva su poder directamente a nuestro fracaso. Los discípulos no pudieron expulsar al demonio, pero Jesús sí. Y luego les explica por qué fallaron: «Este tipo solo puede salir con oración». Ellos querían una técnica. Jesús les ofreció dependencia. Querían un método que dominar. Jesús les señaló una relación de la que deben depender.

El valle no solo expone nuestra debilidad, también revela el tipo de Mesías que realmente necesitamos. No uno que nos dé poder para arreglar las cosas por nuestra cuenta, sino uno que nos encuentre en nuestra impotencia y haga lo que solo Él puede hacer.

REFLEXIONA

1. ¿En qué momentos te has sentido impotente en tu fe?
2. ¿Qué sueles hacer cuando tu confianza espiritual se derrumba?
3. ¿Dónde podría estar invitándote Jesús a llevarle tu debilidad con honestidad?

SEMANA 2 - JUEVES

AYUDA MI INCREDELIDAD

Marcos 9:20-24 (NTV) *“Al instante el padre clamó: —¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!”*

Puede que no haya una oración más honesta, o más fácil de identificarse con ella, en toda la Biblia. El padre del muchacho está exhausto. Años viendo sufrir a su hijo. Años de desilusiones. Años de oraciones sin respuesta. Su fe no es pulida; está remendada con retazos de esperanza y desconsuelo. Cuando Jesús le dice que la sanación viene por la fe, el padre no finge ni aparenta seguridad. En su lugar, ora la oración más verdadera que un ser humano puede pronunciar: «Creo; ayuda mi incredulidad».

Crecí en la iglesia, y recuerdo un domingo en que medí el tiempo de una oración antes del sermón. Ocho minutos. Ocho minutos completos de un inglés elocuente y casi shakespeariano, con thee's y thou's, explicaciones teológicas en cascada, frases cuidadosamente construidas. No tengo ningún problema con las oraciones largas. Yo mismo paso tiempos extensos con Dios. Pero, de alguna manera, hemos aprendido a pensar y actuar como si Dios solo nos escuchara cuando hablamos con vocabulario del Rey Jacobo y disertaciones teológicas, como si la oración fuera una actuación que requiere las palabras correctas, la duración correcta, el tono correcto.

Pero aquí está este padre. Su oración tiene seis palabras: «Creo; ayuda mi incredulidad». Y ya está. No hay lenguaje florido. No hay precisión teológica. Solo una desesperación cruda y honesta expuesta ante Jesús. Este es el tipo de fe que Jesús honra: no la actuación, sino la honestidad; no la certeza, sino la entrega; no la fuerza, sino la sinceridad ante Dios.

«La fe no es la ausencia de la duda», escribió una vez Frederick Buechner, «sino el valor de seguir adelante a pesar de ella». Y eso es exactamente lo que vemos en este padre. La fe no es ausencia de duda; es llevar esas dudas directamente a Jesús. La fe no consiste en tener la vida perfectamente ordenada; consiste en confiar en Aquel que sostiene todas las cosas. La fe no es fingir, es confesar.

La oración del padre nos da permiso para dejar de filtrar nuestra alma delante de Dios. Si la medida de la fe fuera la perfección, ninguno de nosotros podría seguir a Jesús. Pero la medida de la fe siempre ha sido la confianza, aunque tiemble, aunque sea parcial, aunque vaya mezclada con miedo.

REFLEXIONA

1. ¿Dónde necesitas orar: «Ayuda mi incredulidad»?
2. ¿Qué dudas o temores has estado ocultando en vez de llevarlos a Jesús?
3. ¿Cómo podría la honestidad con Dios profundizar tu fe en lugar de debilitarla?

SEMANA 2 - VIERNES

ORACIÓN Y PODER

Marcos 9:25-29 (NTV) *“Más tarde, cuando Jesús quedó a solas en la casa con sus discípulos, ellos le preguntaron: —¿Por qué nosotros no pudimos expulsar ese espíritu maligno? Jesús contestó: —Esa clase solo puede ser expulsada con oración.”*

La semana en que mi hija cumplió dos años, se convirtió en un pequeño tornado. Los “terribles dos” no fueron apareciendo poco a poco; irrumpieron en nuestra casa como un frente de tormenta. Recuerdo mirar a mi esposa y decirle: «Pensé que esto iba a ser gradual».

Así que hice lo que hacen los padres ansiosos: reuní técnicas. Libros, podcasts, talleres, cinco pasos para criar hijos responsables, una frase que acaba con las rabietas. Traté la crianza como un problema que había que resolver. Pero ninguno de esos métodos servía de mucho cuando ella se derrumbaba en el supermercado o luchaba contra la hora de dormir por tercera noche consecutiva. En esos momentos, yo no estaba realmente presente con ella; estaba desesperado buscando el siguiente truco. Quería una técnica que pudiera dominar.

Lo que ella necesitaba era un padre que se sentara en medio del caos. Alguien que no tuviera todas las respuestas, pero que no abandonara la habitación. La vía rápida era creer que podía crear conexión con las estrategias correctas. La verdad era que la relación requería presencia: aparecer, permanecer, estar con ella incluso cuando yo me sentía impotente.

Eso es exactamente lo que Jesús quiere decir cuando afirma: «Este tipo solo sale con oración».

No está ofreciendo una técnica. Está llamándonos a la dependencia. La oración no consiste en dominar un método; consiste en permanecer conectados con el Padre cuando la situación nos supera.

A menudo nos sentimos impotentes porque vivimos sin oración, no sin oración en el sentido de «no orar nunca», sino sin oración en el sentido de tratarla como algo adicional en lugar de algo esencial. La oración no es el poder; el poder es Dios. La oración es la postura que nos abre a su presencia, la forma en que permanecemos en la habitación con Él en vez de correr hacia el siguiente atajo.

REFLEXIONA

1. ¿Cómo describirías tu vida de oración en este momento?
2. ¿Dónde te sientes espiritualmente impotente... y cómo podría la oración transformar eso?
3. ¿Qué paso sencillo podrías dar hoy para profundizar tu dependencia de Dios?

SEMANA 3 - LUNES

CAMINANDO HACIA LA MUERTE

Marcos 10:32-34 (NTV) *“Subían rumbo a Jerusalén, y Jesús caminaba delante de ellos. Los discípulos estaban llenos de asombro y la gente que los seguía, abrumada de temor. Jesús tomó a los doce discípulos aparte y, una vez más, comenzó a describir todo lo que estaba por sucederle...”*

Si te detienes el tiempo suficiente para imaginar esta escena, hay un detalle que se niega a pasar desapercibido: Jesús va caminando delante de ellos. No se queda atrás, no duda, no busca en el horizonte una ruta más fácil. Va al frente, marcando el camino hacia Jerusalén con el ritmo firme y deliberado de alguien que sabe exactamente lo que le espera y aun así elige seguir adelante. Los discípulos están atrapados entre el asombro y el temor, y la multitud que les sigue siente cómo el miedo asciende como el calor del camino. Todos saben que Jerusalén es peligrosa. Todos perciben la creciente hostilidad. Y Jesús responde no evitando la ciudad, sino nombrando con total claridad la traición, las burlas, la tortura y la muerte que le esperan.

Esto no es martirio accidental. No es optimismo ingenuo. Es amor con los ojos bien abiertos. Jesús no tropieza con el sacrificio. Camina hacia él.

Y cuando ves a alguien elegir el camino más difícil con ese tipo de claridad, te detiene en seco. Te recuerda que el amor valiente no es una idea antigua; sigue tomando forma humana. En 1939, cuando el Gueto de Varsovia comenzó a formarse bajo control nazi, una joven trabajadora social llamada Irena Sendler comprendió exactamente lo que estaba ocurriendo. Entendió la crueldad del régimen. Vio adónde llevaban los trenes. Y en lugar de retirarse, dio un paso hacia el sufrimiento. Se unió a la resistencia polaca y comenzó a sacar de contrabando a niños judíos del gueto: bebés escondidos en cajas de herramientas, niños más mayores disfrazados de pacientes, nombres cuidadosamente escritos y enterrados en tarros bajo un manzano para que las familias pudieran reencontrarse tras la guerra. Para 1945, había rescatado a más de 2.500 niños (Museo Conmemorativo del Holocausto de EE. UU.; Life in a Jar).

Finalmente, la Gestapo la capturó. La golpearon y le exigieron los nombres de los niños. Ella se negó a revelar uno solo. Irena no corrió hacia el peligro porque no sintiera miedo; corrió hacia él porque el amor exigía valentía. Jesús camina delante de sus discípulos así: no insensible al sufrimiento, sino comprometido con una misión que no puede cumplirse desde un lugar seguro. Y Marcos, de forma sutil, nos pregunta: Si Jesús va delante hacia una obediencia costosa, ¿dónde te encuentras tú?

REFLEXIONA

1. ¿Qué camino difícil podría estar pidiéndote Jesús que enfrentes con valentía?
2. ¿En qué áreas te descubres dudando a la hora de seguirle?
3. ¿Cómo desafía la intencionalidad de Jesús la manera en que tomas decisiones difíciles?

SEMANA 3 - MARTES

LA PETICIÓN

Marcos 10:35-37 (NTV) *“Entonces Santiago y Juan...dijeron: —Maestro, queremos que nos hagas un favor... —Cuando te sientes en tu trono glorioso, nosotros queremos sentarnos en lugares de honor a tu lado, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.”*

Un amigo me contó una vez una historia de esos momentos en los que alguien dice algo perfectamente razonable... en un momento espectacularmente inapropiado. Su familia extendida se había reunido en el hospital después de que su abuela sufriera un derrame cerebral grave. Era uno de esos momentos silenciosos y sagrados: hermanos tomados de la mano, lágrimas en los ojos, médicos entrando y saliendo. Acababan de terminar de orar por ella cuando, de repente, un primo carraspeó y dijo: «Oye... ya que estamos todos aquí... ¿podemos hablar de quién se va a quedar con la mesa del comedor de la abuela cuando fallezca?»

No intentaba ser cruel. Simplemente estaba sorprendentemente fuera de sintonía con el momento. Toda una habitación llena de personas procesando el dolor... y él pensando en muebles.

Mi amigo dijo que se sintió cómo todas las cabezas giraban al unísono. Buena petición. Pésimo momento. Y esa es exactamente la energía de este momento con Santiago y Juan.

Jesús acaba de decirles a los discípulos, con un nivel de detalle doloroso y vulnerable, lo que le espera en Jerusalén. Traición. Burlas. Maltrato. Ejecución. Está abriendo su corazón, dejándoles ver el peso que lleva encima. Y Santiago y Juan responden con: «Entonces... ¿podríamos sentarnos en los dos puestos más altos cuando seas rey?»

No están intentando faltar al respeto. Simplemente están fuera de sintonía. Escuchan «sufrimiento» y piensan «estatus». Escuchan «cruz» y piensan «coronas». Escuchan «Jerusalén» e imaginan una sala del trono, no una colina con forma de calavera.

Pero antes de juzgarlos, deberíamos reconocer el reflejo que nos devuelve esta escena. Porque muchos de nosotros seguimos a Jesús con la suposición silenciosa—a veces consciente, a veces no—de que el discipulado debería venir con ciertas ventajas: claridad, oportunidades, reconocimiento, éxito. Queremos a Jesús... pero también queremos el paquete de beneficios. Santiago y Juan nos recuerdan que puedes caminar cerca de Jesús y aun así malinterpretar por completo lo que significa la grandeza en su reino.

Jesús no reprende su deseo; lo redefine. La grandeza no es proximidad al poder. La grandeza es proximidad a la entrega. Es servicio oculto del aplauso, sacrificio del que nadie tuitea, amor que pasa desapercibido salvo para Dios. Santiago y Juan quieren asientos reservados. Jesús les invita a otro tipo de reserva: una que les prepare para beber su copa, llevar su corazón y compartir su misión. Su momento es inoportuno. Pero la invitación de Jesús llega justo a tiempo. Y también nos alcanza a nosotros.

REFLEXIONA

1. ¿Qué esperanzas o ambiciones traes a tu vida de discipulado?
2. ¿Sigues a Jesús por quién es Él... o por lo que esperas que te dé?
3. ¿Qué significa “grandeza” para ti, y de dónde viene esa definición?

SEMANA 3 - MIERCOLES

¿PUEDES BEBER LA BOCA?

Marcos 10:38-40 (NTV) *“Jesús les dijo: —¡No saben lo que piden! ¿Acaso pueden beber de la copa amarga de sufrimiento que yo estoy a punto de beber? —Claro que sí— contestaron ellos —, ¡podemos!”*

Cuando Santiago y Juan piden los lugares de honor, Jesús no los avergüenza; simplemente les dice que aún no entienden cuánto cuesta realmente la grandeza. Ellos imaginan gloria; Jesús está hablando de formación.

Para entender lo que Jesús quiere decir con «la copa», pienso en una etapa de la primera crianza—una que muchos padres, cuidadores, hijos adultos y cónyuges conocen demasiado bien.

Cuando nació nuestra hija, el sueño desapareció. Aquellas noches largas no eran dramáticas; eran simplemente implacables. El llanto de la 1 a.m... el de las 3 a.m... el de las 5 a.m. Y cada vez enfrentaba una decisión pequeña pero muy real: quedarme en la cama o levantarme otra vez. Y sé que no soy el único.

Algunos habéis vivido vuestra propia versión de ese ritmo: atender a un hijo con necesidades especiales, levantarte durante la noche para ayudar a un padre anciano, o sentarte junto a la cama de un cónyuge cuya enfermedad no respeta calendarios. No es glamuroso. No es para Instagram. Es simplemente amor, en pijama, cargando cansancio, haciendo lo que hay que hacer.

Cuando miro atrás, no me siento heroico. Si acaso, me sentí sobrepasado más veces de las que puedo contar. Pero también puedo ver cómo aquellas noches me fueron ablandando por dentro, cómo moldearon una paciencia que yo no tenía de forma natural, cómo me enseñaron una manera de amar que no se mide por tus niveles de energía ni por tu comodidad personal.

Y eso, creo, es mucho más cercano a lo que Jesús quiere decir con «beber la copa». La copa no es un sufrimiento dramático.

Es la disposición lenta y constante de derramarte, especialmente cuando te cuesta algo.

Santiago y Juan dicen: «Sí, podemos beberla», porque imaginan un momento heroico. Jesús sabe que la copa llega en mil renunciadas sin brillo, en decisiones pequeñas y ocultas que, con el tiempo, nos transforman en personas capaces de amar como Él.

Y quizá su pregunta para nosotros suena así:

¿Estás dispuesto a dejar que el amor te forme, no en los momentos que todos ven, sino en los que nadie ve?

REFLEXIONA

1. ¿Qué parte de seguir a Jesús te resulta costosa ahora mismo?
2. ¿Dónde sientes que Dios te está invitando a un sacrificio más profundo?
3. ¿Cómo has visto a Dios usar la dificultad para formarte en el pasado?

SEMANA 3 - JUEVES

EL CAMINO DEL MUNDO

Marcos 10:41-43 (NTV) *“Cuando los otros diez discípulos oyeron lo que Santiago y Juan habían pedido, se indignaron. Así que Jesús los reunió a todos y les dijo: «Ustedes saben que los gobernantes de este mundo tratan a su pueblo con prepotencia y los funcionarios hacen alarde de su autoridad frente a los súbditos... Pero entre ustedes será diferente.”*

Hace unos años, estaba sentado en una reunión con un grupo de líderes: vicepresidentes, directores, decanos... ese tipo de sala donde los títulos llegan antes que las personas. La conversación derivó hacia alguien de la comunidad, y una persona dijo: «Oh, déjame contarte una historia sobre ella». Explicó que, años atrás, hacía tiempo que no asistía regularmente a la iglesia. La vida estaba llena: trabajo, matrimonio, facturas, las presiones de siempre. Pero después de tener a su primer hijo, sintió ese impulso que muchos padres sienten: quizá deberíamos volver a intentar ir a la iglesia. Así que fue, cansada, nerviosa, cargando un portabebés y un poco de esperanza. Al dejar a su pequeño en el ministerio infantil, conoció a una mujer que no sabía nada de su currículum ni de sus logros. La recibió, recordó el nombre de su hijo y le hizo espacio. Y poco a poco, esa calidez atrajo de nuevo a ella y a su esposo a la vida de la iglesia: primero de vez en cuando, luego con regularidad, luego profundamente.

La mujer que la recibió había servido en ese ministerio durante más de cuarenta años. Sin focos. Sin plataforma. Sin micrófono. Solo una presencia fiel y alegre, semana tras semana, año tras año.

Cuando la gente por fin se dio cuenta de su impacto, había moldeado la vida espiritual de miles. Querían poner su nombre a un ala del edificio. Ella, con toda cortesía, se negó. «Solo hacía lo que había que hacer», dijo. Era la definición misma de servicio silencioso y grandeza escondida.

Cuando Jesús reúne a sus discípulos indignados en Marcos 10, es exactamente esto lo que está abordando. El mundo gravita hacia jerarquías, títulos, estatus, poder... quién está arriba, quién recibe el mérito, quién se queda con la oficina de la esquina o el micrófono. Pero Jesús dice: «Entre vosotros, no debe ser así». En su reino, la grandeza se mide en toallas, no en tronos. En actos de amor invisibles, no en muestras públicas de influencia.

Y si tomamos a Jesús en serio, entonces los verdaderos líderes espirituales en una comunidad quizá no sean los que tienen planes estratégicos o dones carismáticos. Puede que sean quienes cambian pañales en la guardería, se sientan con los que están solos, llegan temprano para colocar sillas, cocinan para familias en duelo o ofrecen una bondad constante y desapercibida. Un día, cuando Jesús diga: «Ven y siéntate a mi lado», quizá nos sorprendamos—profundamente sorprendamos—de quién ocupará esos asientos de honor.

REFLEXIONA

1. ¿Dónde ves que las dinámicas de poder del mundo se infiltran en tu comunidad de fe?
2. ¿Cómo reaccionas internamente cuando otros reciben el reconocimiento que tú esperabas?
3. ¿Cómo podría verse esa diferencia en tu iglesia, tu hogar o tus amistades?

SEMANA 3 - VIERNES

LA TOALLA POR ENCIMA DE LA CORONA

Marcos 10:43-45 (NTV) *“El que quiera ser líder entre ustedes deberá ser sirviente... Pues ni aun el Hijo del Hombre vino para que le sirvan, sino para servir a otros y para dar su vida en rescate por muchos».”*

Cuando Jesús redefine la grandeza para sus discípulos, no condena el deseo de liderar; simplemente lo redirige. Le da la vuelta al liderazgo y convierte el servicio en la medida de la verdadera influencia. Jesús viene a decir, en esencia: «Si queréis subir en mi reino, aprended a bajar». Es contraintuitivo, pero cuanto más lo meditamos, más verdad contiene, porque gran parte del daño que vemos en familias, trabajos, iglesias e incluso naciones proviene de líderes que se aferran al poder en lugar de ofrecerse en servicio.

Robert Greenleaf, cuyo ensayo de 1970 “The Servant as Leader” lanzó el movimiento moderno del liderazgo servicial, sostenía que la primera responsabilidad de cualquier líder es asegurarse de que las personas a su alrededor «crezcan como personas... que se vuelvan más sanas, más sabias, más libres, más autónomas» (Greenleaf, 1970). Lo que resultó revolucionario en el mundo corporativo era, en realidad, la enseñanza de Jesús vestida con ropaje empresarial. Y décadas de investigación organizacional han confirmado en gran medida que Greenleaf tenía razón: los equipos y las comunidades florecen bajo líderes que sirven.

Nelson Mandela es uno de los ejemplos modernos más claros de este tipo de liderazgo. Reflexionando sobre cómo liderar en tiempos de tensión y transición, dijo célebremente: «Es mejor liderar desde atrás y poner a otros delante, especialmente cuando se celebra la victoria... Tú tomas la primera línea cuando hay peligro» (Mandela, Long Walk to Freedom, 1994). Vivió esas palabras. Tras veintisiete años en prisión, salió no exigiendo venganza, sino invitando a la reconciliación; no buscando poder personal, sino elevando a otros. Comprendió, profunda y personalmente, que el verdadero liderazgo no se mide por el brillo propio, sino por la fidelidad con la que elevas a quienes te rodean.

Y aquí es donde las palabras de Jesús aterrizan en el terreno práctico de nuestra vida. El liderazgo servicial rara vez es glamuroso. Se parece a ese amigo que sigue cuidando de su padre anciano. Se parece al voluntario que llega temprano para preparar la sala y se queda tarde para recoger. Se parece al compañero de trabajo que mentoriza detrás de escena o al cónyuge que carga con más de lo que le corresponde porque el otro está pasando por un momento difícil. Estas son las personas que sostienen a las comunidades, no con fanfarrias, sino con toallas colgadas del brazo.

Cuando Jesús dice: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir», no está usando una metáfora. Está revelando la postura de su corazón.

REFLEXIONA

1. ¿A quién puedes servir hoy, de manera callada y sin esperar nada a cambio?
2. ¿Qué te impide abrazar plenamente el liderazgo servicial?
3. ¿En qué área podría estar invitándote Jesús a dejar tu corona y tomar una toalla?

SEMANA 4 - LUNES

EL BURRO QUE LO CAMBIA TODO

Marcos 11:1-6 (NTV) *“Jesús mandó a dos de ellos que se adelantaran. «Vayan a la aldea que está allí—les dijo—... “El Señor lo necesita y él lo devolverá pronto”». Los dos discípulos salieron y encontraron el burrito en la calle, atado frente a la puerta principal.”*

Hay un hotel en Montecarlo donde una noche cuesta más que las vacaciones de una familia entera. Cuando llegas, tu medio de transporte habla antes que tú: Porsche, no Prius. Bentley, no Toyota. En lugares así, la gente mide tu valor por el vehículo en el que llegas.

En el mundo antiguo no era diferente. Roma entendía perfectamente el lenguaje del desfile. Los generales y emperadores entraban en las ciudades montados en caballos de guerra, rodeados de soldados y espectáculo. Su llegada proclamaba: El poder está aquí. Sométete.

Durante la semana de la Pascua en Jerusalén, Poncio Pilato entraba desde Cesarea sobre un caballo de guerra y acompañado por caballería, una demostración calculada de fuerza para recordar a la ciudad quién mandaba. Y Jesús entra en ese mismo mundo con una elección deliberada: un burro. Y ni siquiera propio, sino prestado.

No hay fanfarrias ni escolta militar. Cuando Jesús dice: «El Señor lo necesita», está usando lenguaje real. Los reyes podían requisar animales para uso oficial. Jesús está reclamando su realeza, pero redefiniéndola al mismo tiempo. Cumple la promesa de Zacarías: «Tu rey viene a ti... humilde y montado en un burro» (9:9). Jesús no está rechazando el poder; lo está corrigiendo y está proclamando que su reino no avanzará mediante la coerción.

Una vez trabajé con una líder muy respetada en una sala llena de títulos. Cuando se lanzó una iniciativa importante, todos esperaban que ella tomara la palabra. En su lugar, entregó tranquilamente los comentarios iniciales a una joven empleada desconocida. «Tú empieza», le dijo. No había ego ni juego de poder. Era una confianza tranquila y arraigada.

La entrada de Jesús es esa misma fuerza subversiva. Silenciosa, sin forzar nada y sin sentirse amenazada. Un rey que llega de una manera que hace que el caballo de guerra de Roma parezca inseguro. La multitud no entiende lo que está viendo. Gritan «¡Hosanna, sálvanos ahora!» esperando que Él derrote a Roma. Quieren al general en el caballo de guerra. Pero Jesús cabalga hacia una cruz porque, paradójicamente, su victoria no llegará por la muerte del enemigo, sino por la suya propia.

¿En cuál desfile confiamos: el del caballo de guerra o el del burro? ¿En el reino construido por la fuerza o en el reino construido por el amor? ¿En la historia donde el poder domina o en la historia donde el poder se arrodilla?

REFLEXIONA

1. ¿Dónde podría estar invitándote Jesús a elegir la humildad por encima de la visibilidad?
2. ¿Qué “caballo de guerra” buscas instintivamente cuando Jesús te señala un burro?
3. ¿Cómo redefine la confianza tranquila de Jesús tu manera de entender el liderazgo?

SEMANA 4 - MARTES

EL REY QUE DECEPCIONA NUESTRAS EXPECTATIVAS

Marcos 11:7-11 (NTV) *“Así Jesús llegó a Jerusalén y entró en el templo. Después de mirar todo detenidamente a su alrededor, salió porque ya era tarde. Después regresó a Betania con los doce discípulos.”*

En este punto de la historia, la multitud ha tendido una alfombra roja de mantos y ramas de palma. Están gritando «¡Hosanna!», esperando que Jesús desate una revolución. ¡Este es el momento que todos habían estado esperando! Y entonces Jesús entra en el Templo, mira a su alrededor... y se va. No hay limpieza. No hay proclamación. Solo una observación silenciosa. Es lo último que cualquiera esperaba.

La historia nos da una escena con el mismo efecto de latigazo emocional. Tras la Guerra de Independencia de Estados Unidos, el mundo entero observaba a George Washington, una leyenda viviente. Las naciones asumían que tomaría el poder. Muchos estadounidenses esperaban que aceptara algún tipo de realeza; habría sido lo normal. Sus generales estaban listos. La nación era suya para mandarla. Todos esperaban que un líder triunfante diera el paso hacia la autoridad suprema. Pero en 1783, Washington entró en el Capitolio del Estado de Maryland, entregó al Congreso su comisión militar, hizo una reverencia... y volvió a su granja. Sin coronación. Sin fanfarrias. Solo una contención tan sorprendente que el rey Jorge III dijo célebremente: «Si hace eso, será el hombre más grande del mundo».

No era lo que nadie esperaba, pero era profundamente intencional. La entrada silenciosa de Jesús en el Templo lleva esa misma clase de contención sagrada. Jesús no duda; observa. Lo sabemos porque Marcos dice que «miró todo detenidamente». Y esto ocurre antes del famoso episodio en el que vuelca las mesas. Antes de actuar, Jesús presta atención. Vemos así que, antes del juicio, hay reflexión profunda; antes de la acción, claridad.

Nos cuesta eso. Queremos que Jesús actúe inmediatamente, de manera decisiva y ruidosa. Queremos que arregle las cosas ya. Pero a veces el primer movimiento de Dios en nuestra vida es simplemente mirar alrededor, tomar conciencia de la realidad en la que estamos, exponer lo que está roto y preparar el terreno para lo que va a hacer después. La multitud esperaba un Mesías que irrumpiera en el Templo; en cambio, recibieron a un Mesías que entró, observó y salió de nuevo. Y esa pausa silenciosa e intencional no era ausencia de poder, sino el comienzo de la transformación.

REFLEXIONA

1. ¿Cuándo ha respondido Jesús de forma distinta a como esperabas?
2. ¿Cómo reaccionas cuando Dios pausa en lugar de moverse?
3. ¿Qué podría estar viendo Jesús en tu vida que tú has pasado por alto?

SEMANA 4 - MIERCOLES

EL ÁRBOL CON PROMESAS, PERO SIN VIDA

Marcos 11:12-14 (NTV) *“Vio que a cierta distancia había una higuera frondosa... pero solo tenía hojas porque aún no había comenzado la temporada de los higos. Entonces Jesús dijo al árbol: «¡Que nadie jamás vuelva a comer tu fruto!».”*

Recuerdo la noche en que aterrizamos en Roma: eran las 9:37 p. m., estábamos agotados por el jet lag, muertos de hambre y caminando sin rumbo por las calles buscando cualquier lugar que siguiera abierto. Encontramos un restaurante familiar que parecía perfecto. Luz cálida, un camarero amable con el clásico bigote plateado, la nonna al fondo dando órdenes a gritos. Sentíamos que habíamos entrado en el set de una película.

Los platos llegaron rápido, hermosamente presentados, una pasta digna de foto. Pero a los tres bocados, la cara de mi cuñada cambió. “Mi comida está mal”, susurró. Y tenía razón. Todo se veía increíble, pero algo por dentro estaba echado a perder. La guarnición había tapado la verdad.

Ese es el árbol de higos con el que se encuentra Jesús. Y aquí está el detalle que muchos pasamos por alto: en esa región, las higueras producen pagim, brotes tempranos comestibles, antes de que aparezcan las hojas por completo. Así que, si un árbol ya tenía hojas, debía tener también pagim. Cuando Jesús vio la higuera frondosa, en realidad estaba “anunciando” fruto. Prometía alimento. Daba señales de abundancia. Pero al acercarse, no había nada. Todo era apariencia, sin sustancia. Hojas sin pagim.

Esta historia no es Jesús teniendo un arrebato contra un árbol; es una parábola viva. Una señal profética de lo que había visto el día anterior en el templo: actividad, rituales, ruido, estructura... pero muy poco alimento espiritual. El templo se había convertido en un sistema que ofrecía la guarnición de la religión, pero no el fruto del amor.

Y aquí es donde la historia se vuelve incómodamente cercana. Todos tenemos áreas de nuestra vida que “echan hojas” con facilidad: competencia, imagen, ocupación constante, una espiritualidad bien cuidada por fuera. Las señales externas de salud aparecen mucho antes de que el fruto interior haya sido cultivado. Es posible verse impresionante a la distancia y estar vacío de cerca.

La higuera nos invita a hacer un inventario honesto: ¿estoy ofreciendo hojas o fruto? ¿La gente se va de mi vida nutrida o con hambre? ¿En qué áreas estoy añadiendo guarnición en lugar de cultivar pagim?

Y aquí está la gracia: Jesús no condena el deseo de dar fruto. Confronta la ilusión de tenerlo. No avergüenza al árbol por no ser perfecto; expone lo que impide el crecimiento real. A veces Dios, con amor, marchita nuestras ilusiones para que algo verdadero pueda crecer en su lugar. La vida espiritual auténtica siempre comienza bajo la superficie: raíces, honestidad, trabajo oculto, crecimiento lento. Pagim antes que hojas. Realidad antes que apariencia. No actuación. No adorno. Fruto.

REFLEXIONA

1. ¿En qué áreas de tu vida sientes la presión de “parecer” fructífero en lugar de “serlo”?
2. ¿A qué trabajo interior podría estar invitándote Jesús a volver?
3. ¿Cómo puedes cultivar profundidad en lugar de apariencia?

SEMANA 4 - JUEVES

LAS MESAS QUE AÚN NECESITAN SER VOLCADAS

Marcos 11:15-19 (NTV) *“Jesús entró en el templo y comenzó a echar a los que compraban y vendían animales para los sacrificios... “Mi templo será llamado casa de oración para todas las naciones”, pero ustedes lo han convertido en una cueva de ladrones.”*

Hay una iglesia histórica en la Costa Este con una entrada principal que parece sacada de una postal: amplias escaleras de mármol, puertas arqueadas, vitrales que atrapan el sol de la tarde. Era el tipo de entrada que la gente usaba para fotos de bodas, la que hacía que el edificio se viera solemne y bien establecido.

El problema es que esas escaleras, aunque hermosas, también eran una barrera. Cualquiera en silla de ruedas, con andador, empujando un cochecito, o recuperándose de una cirugía, tenía que rodear el edificio y entrar por la puerta de servicio. El lugar de las entregas, no de la dignidad. Con el tiempo, la iglesia decidió añadir una rampa en la entrada principal. Y algunos se quejaron. “Arruina la vista.” “No encaja con la arquitectura.” “Ya no es tan bonito.” El pastor respondió con una frase que me ha acompañado desde entonces, de la mejor manera: “Un edificio que deja a la gente afuera no es hermoso. Es una barrera.”

Cuando Jesús entra en los patios del Templo, ve algo muy parecido. Observa una estructura imponente, con una historia gloriosa. Era un lugar pensado para dar la bienvenida al mundo a la presencia de Dios. Pero la realidad era otra: había abuso en los precios y un sistema de cambio de moneda explotador. Así que las personas que venían a adorar estaban siendo exprimidas económicamente. Un lugar construido para recibir se había convertido en un lugar que alejaba. Y Jesús no decide corregirlo en silencio. Vuelca las mesas. Detiene las transacciones. Y cita a Isaías para recordarles para qué siempre estuvo destinado ese lugar: “Casa de oración para todas las naciones”. En otras palabras: todos tienen una puerta principal. Nadie tiene que entrar por atrás.

La ira de Jesús aquí no es rabia descontrolada; es amor protector. Es el amor de alguien que se niega a permitir que existan barreras entre Dios y su pueblo. Y si somos honestos, todos tenemos “barreras bonitas”. Hábitos que defendemos porque nos resultan familiares, formas de hacer iglesia que nos parecen normales pero que confunden a quienes llegan por primera vez. Actitudes o preferencias que creemos inofensivas, pero que en realidad mantienen a otros a distancia. En Crosswalk somos muy conscientes de esto; es una de las razones por las que empezamos. El Templo necesitaba mesas volcadas, esa iglesia necesitaba una rampa. Porque Jesús sigue despejando espacio, sigue haciendo lugar, sigue volteando todo lo que impide que otros entren.

REFLEXIONA

1. ¿Qué barreras—intencionales o no—podrías estar creando para quienes buscan a Dios?
2. ¿En qué áreas de tu vida podría Jesús estar volcando mesas para que alguien más pueda acercarse?
3. ¿Cómo puedes unirte a Jesús para hacer la fe accesible a quienes suelen ser pasados por alto?

SEMANA 4 - VIERNES

EL TRABAJO DE RAÍZ DE LA ORACIÓN

Marcos 11:20-25 (NTV) *“A la mañana siguiente, al pasar junto a la higuera que él había maldecido, los discípulos notaron que se había marchitado desde la raíz.”*

Si te sientas con este pasaje el tiempo suficiente, hay una frase que empieza a sobresalir: desde la raíz. Marcos podría haber dicho simplemente que el árbol murió. Podría haber dicho que se secó. Pero añade ese pequeño detalle: primero las raíces. Primero lo que está bajo tierra. Primero el lugar oculto.

Hace años, un consejero me dijo: “La gente sigue podando su comportamiento, pero nada cambia de verdad porque las raíces siguen siendo las mismas”. Esa frase se ha convertido en una especie de brújula pastoral para mí. Queremos fruto nuevo sin raíces nuevas. Queremos crecimiento sin el trabajo lento de cuidar la tierra. Queremos resurrección sin rendición.

James K. A. Smith lo expresa así: “Eres lo que amas, porque vives orientado hacia lo que deseas” (*Desiring the Kingdom*, 2009). Y nuestros deseos, nuestros amores, se forman en lo profundo, en esos lugares subterráneos del hábito y del anhelo. Lo que practicas en silencio, con el tiempo, se convierte en quien eres en público.

Por eso Jesús vincula aquí la oración con el perdón. Porque la falta de perdón es como una podredumbre en la raíz: envenena el suelo del alma. Y la oración —la oración de verdad— es la práctica que vuelve a abrir esa tierra. Ablanda lo que está compacto. Afloja lo que se ha endurecido. Nos saca de rencores, resentimientos y relatos que repetimos una y otra vez. Le hace espacio a Dios para volver a respirar en nosotros.

Es curioso: los discípulos quieren hablar de milagros, de montañas que se mueven, de demostraciones espectaculares de poder. Pero Jesús quiere hablar de rencores. Porque Él sabe que el verdadero trabajo de transformación comienza donde nadie lo ve. Bajo tierra. En las raíces.

La ironía es que muchas veces queremos que Dios cambie las partes visibles de nuestra vida —el fruto, los resultados, las circunstancias— sin invitarlo a cuidar los lugares invisibles. Pero la Escritura es consistente: la renovación siempre empieza debajo de la superficie. En los hábitos diarios. En las rendiciones silenciosas. En las oraciones que hacemos cuando nadie nos está mirando.

Antes de que Dios haga crecer fruto, cuida las raíces.

REFLEXIONA

1. ¿Qué asuntos de raíz —miedo, resentimiento, amargura— necesitan la sanidad de Dios?
2. ¿Cómo están moldeadas tus oraciones por una ira o una decepción no resueltas?
3. ¿Qué significaría soltar a alguien para que tu corazón tenga espacio para respirar?

SEMANA 5 - LUNES

EL PESO DE DECIR SÍ

Marcos 14:32-35 (NTV) *“Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan y comenzó a afligirse y angustiarse profundamente. Les dijo: «Mi alma está destrozada de tanta tristeza, hasta el punto de la muerte.»*

Antes de que Jesús cargue la cruz, carga el peso de una decisión. Getsemaní es el lugar donde ocurre la verdadera rendición, no en el Gólgota, sino aquí, en un jardín silencioso, entrada la noche, cuando nadie está mirando.

Pienso en cada mujer que dice sí al embarazo y al parto. Ese sí es hermoso, pero no es ingenuo. Es un sí que sabe que el dolor viene en camino. Sí, la medicina moderna ayuda. Sí, yo nunca he vivido el parto en carne propia. Pero estuve en la habitación con mi esposa, y lo único que podía pensar era: cada mujer que pasa por esto lleva una fortaleza que yo no puedo fingir entender.

Es una rendición valiente y encarnada; un sí a la alegría que incluye también un sí al sufrimiento. Un sí que conoce el costo y aun así elige amar. Eso es Getsemaní.

Alguien me dijo una vez: “El sí más difícil es el que das cuando sabes exactamente lo que va a costar”. Jesús está de pie en ese tipo de sí: un sí plenamente consciente, plenamente humano y plenamente vulnerable. Marcos nos dice que Jesús estaba “profundamente angustiado y afligido”. El griego transmite la idea de estar abrumado, casi tragado por el dolor. Una angustia que te hace flaquear las rodillas. Y el nombre del lugar importa: Getsemaní significa “prensa de aceite”. Es donde las aceitunas son aplastadas, exprimidas hasta que el aceite fluye. Jesús está siendo presionado por todos lados: el peso de la traición, la soledad del liderazgo, la sombra de la cruz acercándose. Y lo que brota de Él bajo esa presión es un amor que se niega a huir.

Jesús tenía una elección. Podía haberse ido, podía haber escogido la seguridad, el silencio o la autopreservación. Pero no lo hace. Jesús dice sí, sabiendo que habrá dolor, sabiendo el costo, sabiendo lo que traerían las siguientes horas. En el jardín, Jesús nos muestra que la rendición no es debilidad, sino valentía. Es amor con los ojos bien abiertos. Y para muchos de nosotros, ahí es exactamente donde comienza el discipulado: no en los momentos espectaculares de la fe, sino en la decisión silenciosa y profunda de decir: “Padre, estoy dispuesto”, incluso cuando tenemos miedo.

REFLEXIONA

1. ¿Qué “sí” costoso te está invitando Jesús a considerar?
2. ¿Dónde te sientes presionado, y qué está emergiendo a través de esa presión?
3. ¿Cómo da forma la vulnerabilidad de Jesús a tu propia honestidad delante de Dios?

SEMANA 5 - MARTES

LA ORACIÓN QUE CONOCEMOS, PERO RESISTIMOS

Marcos 14:35-36 (NTV) *“«Abba, Padre[gg]—clamó—, todo es posible para ti. Te pido que quites esta copa de sufrimiento de mí. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía».”*

Esta es la oración que la mayoría conocemos de memoria, pero que nos cuesta orar con honestidad: “Hágase tu voluntad.” A veces, decirla se siente como tener grava en la boca, áspera, incómoda. Es fácil orar para que Dios cambie las circunstancias. Es mucho más difícil orar para que Dios nos cambie a nosotros en medio de ellas.

Un padre me contó una vez sobre una temporada larga y agotadora con su hijo adolescente. Siempre se malentendían: cada conversación terminaba en discusión, cada intento de conexión se disolvía en silencio. Su oración diaria era sencilla: “Dios, arréglalo. Haz que se abra. Ayúdalo a comunicarse”. Pero una noche, mientras repetía esa misma oración por centésima vez, sintió una invitación distinta: “¿Me dejarías ajustar primero tus expectativas?” Se dio cuenta de que no estaba orando por relación, sino para que su hijo fuera más fácil.

Así que cambió la oración. En lugar de “Dios, cámbialo”, empezó a orar: “Dios, transfórmame a mí. Hazme paciente. Hazme una persona segura con quien hablar. Hazme alguien que escuche sin correr a arreglarlo todo”. No pasó nada dramático de la noche a la mañana. El hijo no se volvió de pronto expresivo ni elocuente. Pero algo en él sí cambió. Bajó el ritmo. Se ablandó por dentro. Y desde esa nueva postura, con el tiempo, su hijo empezó a abrirse. La circunstancia no se transformó primero; el padre sí.

Ese es el movimiento que hace Jesús en Getsemaní. Expresa su deseo con total honestidad: “Aparta de mí esta copa”, pero no se queda ahí. Sigue orando hasta que su corazón se alinea con la voluntad del Padre, no con la suya propia. Tres veces vuelve a la misma oración, no porque Dios no escuche, sino porque la rendición rara vez ocurre en un solo momento. Es un ritmo, un volver una y otra vez al mismo deseo y al mismo dolor. Y a veces Dios cambia la situación, a veces cambia los tiempos, pero muchas veces empieza cambiándonos a nosotros.

Y esa transformación suele suceder en el espacio silencioso donde por fin oramos: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

REFLEXIONA

1. ¿Dónde sientes hoy la tensión entre tu voluntad y la de Dios?
2. ¿Qué significaría “hágase tu voluntad” hoy, no en teoría, sino de forma práctica?
3. ¿Cómo podría la oración repetida abrirte a la fuerza de Dios?

SEMANA 5 - MIERCOLES

EL FRACASO QUE JESÚS NO TE REPROCHA

Marcos 14:37-42 (NTV) *“Luego volvió y encontró a los discípulos dormidos. Le dijo a Pedro: «Simón, ¿estás dormido? ¿No pudiste velar conmigo ni siquiera una hora?»”*

Hay algo dolorosamente honesto en este momento en Getsemaní. Jesús no les pide a sus discípulos que expulsen demonios, que prediquen un sermón o que realicen algún acto heroico. Les pide algo mucho más sencillo: que se mantengan despiertos y estén con Él. Y no pueden. Están completamente agotados por todo lo que ha sucedido. Los párpados les pesan, las fuerzas se les han ido. No están intentando abandonarlo; simplemente llegan al límite de su humanidad, y Jesús lo ve.

Él lo nombra sin humillarlos: “El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. Esa frase es menos un reproche y más un diagnóstico. Es Jesús diciendo: “Sé que me amas... y también sé que eres limitado”. Y aquí es donde irrumpe la buena noticia: Jesús no se aparta de ellos en su momento de fracaso. No busca nuevos discípulos, no los avergüenza por no ser quienes creen que deberían ser. Simplemente sigue adelante, y los lleva consigo.

Eugene Peterson escribió una vez:

“La vida cristiana es ir hacia Dios. Y el ir hacia Dios es una larga obediencia en la misma dirección” (A Long Obedience in the Same Direction, ed. 2000, p. 17).

Esa frase me ha sostenido más veces de las que puedo contar. Porque “larga obediencia” no significa obediencia impecable. No significa fuerza ininterrumpida ni atención perfecta; significa presentarse de nuevo mañana, incluso si hoy te quedaste dormido en el jardín. Significa confiar en que Jesús sigue velando incluso cuando nosotros cabeceamos.

Una de las realizaciones más liberadoras de la vida espiritual es esta: Jesús no construye su reino con personas que nunca fallan; lo construye con personas que despiertan, se frotan los ojos y lo intentan otra vez. Personas que lo aman, aun cuando no siempre logran seguirle el paso. Personas que descubren que la gracia llena el espacio entre quienes desean ser y quienes son en este momento. Personas como tú y como yo. El evangelio no es que seamos inquebrantablemente fieles; el evangelio es que Jesús es fiel incluso cuando estamos cansados, distraídos y profundamente humanos.

REFLEXIONA

1. ¿Dónde has sentido recientemente tus propios límites, y cómo podría Jesús encontrarte ahí?
2. ¿Quién necesita de tu paciencia en medio de su cansancio o debilidad?
3. ¿Cómo invita la ternura de Jesús a que seas más compasivo contigo mismo?

SEMANA 5 - JUEVES

EL BESO QUE ROMPE EL CORAZÓN

Marcos 14:43-46 (NTV) *“Mientras Jesús todavía hablaba, llegó Judas... Judas, había acordado previamente con ellos una señal: «Sabrán a cuál arrestar cuando yo lo salude con un beso»*

Un beso nunca es solo un beso. No en la Escritura, no en el mundo antiguo y, sinceramente, tampoco en el nuestro. En el siglo I, un beso podía comunicar una lealtad profunda. Los discípulos besaban a sus rabinos como señal de respeto. Los amigos se besaban como expresión de fidelidad de pacto. Las familias se besaban para decir: pertenecemos unos a otros. Un beso estaba cargado de significado: afecto, honor, devoción.

Incluso hoy conocemos el poder de este pequeño gesto. Un beso puede comunicar compromiso... o indiferencia. Intimidad... o distancia. Un beso puede iniciar un matrimonio o ponerle fin.

Por eso, cuando Judas elige un beso como señal, la tragedia no es solo la traición. Es la distorsión de un símbolo creado para el amor. Judas no apuñala a Jesús por la espalda; lo abraza de frente. Usa un gesto de pertenencia para señalar a Jesús como el que debe ser arrestado, y de pronto, un símbolo de lealtad se convierte en un arma de traición. Marcos quiere que sintamos el peso de ese momento, que nos quedemos con la verdad incómoda de que la traición rara vez viene de los enemigos. Viene de personas lo suficientemente cercanas como para besarte. Personas que conocen tus ritmos, tu voz, tus vulnerabilidades.

Si yo estuviera en los zapatos de Jesús, probablemente habría reaccionado con amargura. Pero Jesús no se aparta. No retrocede. Recibe el beso y permite ser entregado por alguien a quien llamó amigo. Ese es el impacto del momento: Jesús no es tomado por sorpresa. Permanece allí, dejando que Judas haga lo que ha decidido hacer, no porque sea impotente, sino porque ya se ha rendido a la voluntad del Padre.

Hay algo en esta historia para toda persona que alguna vez se sintió herida por alguien en quien confiaba. Un amigo que se fue. Una pareja que cambió las reglas. Un familiar que te lastimó desde la cercanía. La traición duele más cuando viene disfrazada de afecto.

Pero Jesús también carga con ese tipo de dolor. Él sabe lo que es ser besado y herido en el mismo instante. Y aun así, sigue adelante. Porque Getsemaní nos enseña que Jesús no solo carga con el pecado del mundo, sino también con el desgarramiento de las relaciones humanas. Tu dolor no le es ajeno.

REFLEXIONA

1. ¿Dónde has experimentado traición o decepción, y cómo está Jesús encontrándote allí?
2. ¿Qué significa responder con amor —pero también con sabiduría— en relaciones dolorosas?
3. ¿Cómo puedes perdonar sin minimizar la herida?

SEMANA 5 - VIERNES

EL AMOR QUE SOBREVIVE A NUESTRO FRACASO

Marcos 14:47-50 (NTV) *“Entonces todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron.”*

Hay un momento en los Evangelios que puede resultar casi demasiado humano para sostenerlo: los discípulos, todos y cada uno de ellos, huyen. No solo Judas con su beso, no solo Pedro con su espada; todos. Toda la comunidad en la que Jesús se había derramado se escurre hacia la oscuridad. Si alguna vez has amado a personas que no se quedaron, Jesús conoce ese dolor. Los Evangelios no lo adornan ni suavizan los bordes. No avergüenzan a los discípulos ni los excusan; simplemente dicen la verdad: el miedo tomó la decisión, y ellos huyeron. No fueron malintencionados; estaban abrumados, frágiles, no preparados para el peso de esa noche.

El novelista ruso Fiódor Dostoievski observó una verdad que parece hecha a la medida de esta escena:

«El amor en acción es algo duro y terrible en comparación con el amor en los sueños»
(Los hermanos Karamázov, 1880).

Fíjate en lo que está diciendo: es fácil imaginarnos valientes en teoría, heroicos en nuestros sueños. Pero es mucho más difícil permanecer cuando el jardín se llena de antorchas y soldados. Los discípulos amaban a Jesús en sus sueños, pero en la acción, en el aplastamiento del miedo, flaquearon. Fueron los peores días de sus vidas, cuando los sueños se volvieron pesadillas. Y aun así, Jesús sigue avanzando. No los llama para un último discurso motivador, no los reemplaza. No retira su afecto ni revisa su misión. Camina el camino que ellos no pueden caminar, no para avergonzarlos, sino para salvarlos.

Aquí está la maravilla entretejida en este momento: el amor de Jesús no termina donde se acaba nuestro valor; su fidelidad no queda anulada por nuestro fracaso. Cada discípulo que huye esa noche es reunido de nuevo: Pedro, el que negó; Tomás, el que dudó; los hijos de Zebedeo que desaparecieron entre las sombras. Incluso quienes se desvanecen del relato quedan alcanzados por la gracia de la resurrección, porque el fracaso nunca es el final de la historia cuando es Jesús quien la escribe. Si has huido —por miedo, agotamiento o confusión— este pasaje no es una acusación. Es una invitación. Aquel de quien corriste es el mismo que vuelve por ti.

La pregunta no es: “¿Fallaste?” Todos lo hacemos.

La pregunta es: “¿Dejarás que su amor te encuentre de nuevo?”

REFLEXIONA

1. ¿Dónde sientes la tentación de huir de Jesús por miedo o vergüenza?
2. ¿Cómo ha permanecido Jesús fiel a ti en temporadas de lucha?
3. ¿Quién en tu vida necesita una gracia que se quede, incluso cuando otros se dispersan?

SEMANA 6 - LUNES

LA OSCURIDAD QUE LO CUBRE TODO

Marcos 15:33-34 (NTV) “**33** Al mediodía, la tierra se llenó de oscuridad hasta las tres de la tarde. **34** Luego, a las tres de la tarde, Jesús clamó con voz fuerte: «Eloi, Eloi, ¿lema sabactani?», que significa «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»».

La oscuridad al mediodía tiene algo profundamente inquietante. A esa hora el sol debería estar en su punto más alto, las sombras cortas y definidas, el mundo inundado de luz. Pero en lugar de eso, durante tres horas, el cielo se oscurece mientras Jesús cuelga entre el cielo y la tierra.

Esto no es lenguaje poético ni una simple metáfora. Marcos nos está diciendo que el mismo cosmos reaccionó ante lo que estaba ocurriendo en esa colina. La creación estaba presenciando la muerte de su Creador, y las luces se apagaron.

Recuerdo estar sentada con una mujer en Seattle cuyo esposo había muerto de repente. Eran las dos de la tarde, uno de esos raros días de primavera en los que el sol finalmente atraviesa meses de cielo gris y llovizna interminable. Esos días que se sienten preciosos en el noroeste del Pacífico precisamente porque son escasos. Los pájaros cantaban afuera, la luz entraba por las ventanas, el mundo se veía brillante y lleno de vida. Y ella me miró y me dijo: “¿Por qué sigue habiendo sol? ¿Es que el mundo no sabe lo que acaba de pasar?” Ella quería que el clima reflejara su duelo, que el cielo reconociera la ruptura en su vida. Y durante tres horas, un viernes por la tarde hace dos mil años, eso fue exactamente lo que ocurrió.

La oscuridad al mediodía nos dice que lo que está sucediendo en la cruz no es solo una tragedia humana ni una ejecución política. Es algo cósmico. Es el momento en que toda la ruptura del mundo, cada acto de violencia y traición, cada herida y cada pecado, se coloca sobre los hombros de un solo hombre. Y el peso es tan inmenso que lo empuja a una oscuridad tan profunda que hasta el sol parece negarse a mirar.

Entonces Jesús clama, y las palabras que elige son importantes. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” No son palabras improvisadas en un instante de desesperación; son el inicio del Salmo 22, una oración que todo judío fiel conocía de memoria. Es un salmo que comienza en angustia pero termina en vindicación y alabanza. En su hora más oscura, Jesús ora con las Escrituras, aferrándose a las palabras que su pueblo había pronunciado por generaciones cuando se sentían olvidados.

Y aquí está lo escandaloso de todo esto: Jesús sabe lo que se siente ser abandonado por Dios. Aquel que ha existido en perfecta comunión con el Padre desde antes del principio experimenta la separación. Aquel que dijo que Él y el Padre son uno siente el peso aplastante de la distancia. No porque Dios realmente lo haya abandonado, sino porque Jesús tomó sobre sí toda experiencia humana de sentirse abandonado por Dios: cada momento en que hemos clamado y solo hemos escuchado silencio, cada oración que parecía rebotar en el techo.

Este es el hermoso desconcierto en su forma más cruda: el Rey que nos salva al experimentar el abandono que nosotros merecíamos. El Dios que nos rescata entrando en lo peor que podríamos sentir.

REFLEXIONA

1. ¿En qué momentos de tu vida te has sentido abandonado por Dios?
2. ¿Cómo cambia tu perspectiva saber que Jesús también experimentó ese abandono?
3. ¿Qué podría significar que Jesús recurra a la Escritura en su momento más oscuro?

SEMANA 6 - MARTES

EL SUSPIRO QUE CAMBIO LA HISTORIA

Marcos 15:37-39 (NTV) “**37** Entonces Jesús soltó otro fuerte grito y dio su último suspiro. **38** Y la cortina del santuario del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. **39** El oficial romano[g] que estaba frente a él,[h] al ver cómo había muerto, exclamó: «¡Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios!».”

La muerte casi siempre es silenciosa. Las películas suelen equivocarse en esto; la gente no muere dando discursos dramáticos ni pronunciando palabras finales perfectamente calculadas. La mayoría de las veces, la muerte es un desvanecerse lento, la respiración cada vez más superficial, la voz más tenue, hasta que finalmente solo queda el silencio.

Pero Jesús no se apaga lentamente. Marcos nos dice que lanzó “otro fuerte grito” y luego expiró. Incluso en la muerte, Jesús es fuerte, está declarando algo con su último aliento, algo que el centurión que estaba allí logra comprender.

Pienso en lo que aquel soldado romano debió haber visto ese día. Había presenciado cientos de crucifixiones; para él era solo otro turno, otro grupo de criminales recibiendo lo que Roma decía que merecían. La crucifixión estaba diseñada para ser humillante y prolongada. Las víctimas solían tardar días en morir, perdiendo fuerzas poco a poco hasta que ya no podían levantarse para respirar. Pero este hombre es diferente. Lleva seis horas en la cruz y, cuando muere, lo hace con un grito de fuerza, no de debilidad. Es una declaración, no un susurro.

Y el centurión, un soldado romano pagano que nunca ha leído la Torá ni escuchado a los profetas, observa la manera en que Jesús muere y dice en voz alta lo que los discípulos no se habían atrevido a afirmar: “Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.”

Piensa en eso. La confesión que Pedro hizo en Marcos 8, aquella que Jesús le pidió que no divulgara, ahora la proclama la persona menos esperada. No un discípulo. No un creyente. Ni siquiera un judío. Un ejecutor romano mira la muerte y reconoce la divinidad.

Pero eso no es lo único que ocurre en ese instante. Justo cuando Jesús da su último aliento, el velo del templo se rasga en dos, de arriba hacia abajo. No era una cortina pequeña; era un enorme tapiz que separaba el Lugar Santísimo del resto del templo, el espacio donde se decía que habitaba la presencia de Dios, el lugar al que solo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año. Y se rasga. De arriba hacia abajo, lo que significa que fue Dios quien lo rompió, no manos humanas.

Durante siglos, ese velo había dicho: “detente”, “todavía no”, “no eres lo suficientemente santo”. Era una barrera necesaria entre el Dios santo y la humanidad pecadora. Pero cuando Jesús muere, la barrera cae. La separación termina. La distancia se acorta. Lo que el templo no pudo hacer, lo que los sacrificios no lograron, lo que el esfuerzo humano jamás habría alcanzado, Jesús lo cumple con su último aliento.

El acceso a Dios ya no depende de sacerdotes, velos ni rituales. El camino está abierto. No porque nosotros nos hayamos vuelto lo suficientemente santos, sino porque Jesús mismo se ha convertido en el puente. El centurión lo entiende de inmediato. No está viendo a un

criminal derrotado ni a un revolucionario fracasado. Está viendo al Hijo de Dios abrir una puerta que había estado cerrada desde el Edén.

REFLEXIONA

1. ¿En qué momentos te has sentido indigno de acercarte a Dios?
2. ¿Cómo cambia tu comprensión del acceso a Dios el hecho de que el velo haya sido rasgado?
3. ¿Qué significa para ti que el primero en confesar a Jesús en ese momento fuera un soldado romano?

SEMANA 6 - MIERCOLES

LAS MUJERES QUE SE QUEDARON

Marcos 15:42-47 (NTV) “**42** Todo eso sucedió el viernes —el día de preparación— anterior al día de descanso. Al acercarse la noche, **43** José de Arimatea se arriesgó y fue a ver a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. (José era miembro honorable del Concilio Supremo y esperaba la venida del reino de Dios). **44** Pilato no podía creer que Jesús ya hubiera muerto, así que llamó al oficial romano y le preguntó si ya había muerto. **45** El oficial lo confirmó, así que Pilato le dijo a José que podía llevarse el cuerpo. **46** José compró un largo lienzo de lino. Luego bajó el cuerpo de Jesús de la cruz, lo envolvió en el lienzo y lo colocó en una tumba que había sido tallada en la roca. Después hizo rodar una piedra en la entrada. **47** María Magdalena y María, la madre de José, vieron dónde ponían el cuerpo de Jesús.”

Hay algo que quizá pasaste por alto en medio del caos de la crucifixión: cuando todos los demás se dispersaron, cuando los discípulos se escondieron, cuando Pedro estaba consumido por su vergüenza y la multitud regresó a casa, las mujeres se quedaron. Permanecieron al pie de la cruz. Lo vieron morir. Y luego siguieron su cuerpo hasta el sepulcro. Marcos se asegura de mencionarlas por nombre: María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y Salomé. No eran observadoras casuales ni seguidoras distantes. Eran mujeres que habían caminado con Jesús desde Galilea, que habían sostenido su ministerio con sus propios recursos, que habían escuchado sus enseñanzas y creído en su mensaje. Y cuando creer empezó a tener un costo, cuando asociarse con Jesús podía significar la muerte, ellas permanecieron visibles.

José de Arimatea aparece en la historia como una gracia inesperada. Era miembro del Sanedrín, el mismo consejo que había condenado a Jesús, pero Marcos nos dice que él “esperaba el Reino de Dios”. No estaba completamente dentro, pero tampoco completamente fuera. Y en ese momento, cuando podía perderlo todo —su reputación, su posición, su seguridad— va ante Pilato y pide el cuerpo. Eso era peligroso. Según la ley romana, los crucificados solían quedar expuestos como advertencia. Sus cuerpos muchas veces eran arrojados a fosas comunes o dejados para los animales salvajes. Al pedir el cuerpo de Jesús, José se estaba identificando públicamente como seguidor de un Mesías aparentemente fracasado. Estaba poniendo su propia vida en riesgo. Y aun así lo hace, porque hay momentos en que el amor exige salir de las sombras.

Un amigo me contó sobre su hermana, que acompañó a su hermano mientras moría de SIDA en 1987, cuando la epidemia estaba en su punto más alto y el miedo estaba por todas partes. Sus padres no quisieron ir. Algunos de sus hermanos tampoco lo visitaron. La iglesia donde crecieron había dejado claro que esa enfermedad era un juicio, que quienes la padecían merecían lo que les pasaba. Pero Sara estuvo allí. Le sostuvo la mano. Le leía. Se quedó hasta el final y se aseguró de que tuviera un funeral digno. Años después dijo: “En ese momento no podía hacer teología. Solo podía hacer amor.”

Eso es lo que hacen estas mujeres. Eso es lo que hace José. No pueden arreglar lo que sucedió. No pueden revertir la crucifixión ni explicar la tragedia. Pero pueden quedarse. Pueden ser testigos. Pueden envolver un cuerpo con cuidado y colocarlo en una tumba con honor. Pueden hacerse presentes cuando lo único que queda por hacer es estar.

Y aquí está lo sorprendente: mientras otros están protegiendo su reputación, cuidando su seguridad o tratando de entender qué sigue, estas personas marginadas —mujeres que ni

siquiera podían testificar en un tribunal y un simpatizante secreto— se convierten en los fieles. Son ellos quienes conectan el viernes con el domingo. Son quienes velan en la oscuridad. Son quienes serán los primeros en descubrir que la muerte no tuvo la última palabra.

REFLEXIONA

1. ¿En qué áreas de tu vida sientes la tentación de distanciarte cuando la lealtad se vuelve costosa?
2. ¿Quién en tu entorno necesita simplemente que alguien permanezca a su lado?
3. ¿De qué manera podrían esos actos “pequeños” de fidelidad tener un impacto mucho mayor del que imaginas?

SEMANA 6 - JUEVES

LAS MUJERES QUE NO SE DETUVIERON

Marcos 16:1-5 (NTV) *“1 El sábado al atardecer, cuando terminó el día de descanso, María Magdalena, Salomé y María, la madre de Santiago, fueron a comprar especias para el entierro, a fin de ungir el cuerpo de Jesús. 2 El domingo por la mañana[a] muy temprano, justo al amanecer, fueron a la tumba. 3 En el camino, se preguntaban unas a otras: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada de la tumba?»; 4 pero cuando llegaron, se fijaron y vieron que la piedra, que era muy grande, ya estaba corrida. 5 Cuando entraron en la tumba, vieron a un joven vestido con un manto blanco, sentado al lado derecho. Las mujeres estaban asustadas”.*

El duelo tiene una manera extraña de reducir tu mundo a la siguiente tarea pequeña. No puedes pensar en el próximo mes ni en el próximo año; apenas puedes pensar en mañana. Pero sí puedes pensar en esto, en ese pequeño acto de cuidado que necesita hacerse. Para estas mujeres, esa tarea era ungir el cuerpo de Jesús. No importa que el sol aún no haya salido. No importa que haya una piedra enorme bloqueando la entrada del sepulcro. No importa que no tengan un plan para moverla ni una esperanza clara de poder entrar. Ellas solo saben que alguien debe hacer ese último gesto de ternura por el hombre que amaban, así que se presentan con sus especias, su dolor y su obstinada devoción.

Camino al sepulcro se preguntan unas a otras: “¿Quién nos quitará la piedra?” Es un problema práctico sin una solución evidente. Las piedras de las tumbas en esa época no eran puertas ligeras; eran enormes discos de piedra que rodaban por una ranura. Mover una requería varios hombres fuertes. Y aun así, estas mujeres van de todas maneras, confiando en que de algún modo encontrarán la manera cuando lleguen.

Mi esposa, Cass, es así. Dale un problema que parece imposible y, en lugar de quedarse paralizada por su tamaño, empieza con el primer paso pequeño. Cuando nos mudamos a California y todo parecía abrumador —empacar, contratar mudanza, buscar casa, nuevas escuelas, nuevos trabajos— yo hacía hojas de cálculo y planes alternativos. Ella simplemente empezó a meter libros en cajas. “No podemos hacerlo todo a la vez”, decía, “pero podemos hacer esto ahora.”

Eso es lo que hacen estas mujeres. No pueden devolverle la vida a Jesús. No pueden deshacer el viernes. Pero pueden llevar especias. Pueden presentarse al amanecer. Pueden enfrentarse a la piedra cuando lleguen. Y cuando llegan, descubren que la piedra ya ha sido removida. No por ellas. No por su planificación. Sino porque Dios ya estaba obrando mientras ellas caminaban en la oscuridad.

Entran al sepulcro y ven a un joven vestido de blanco, y Marcos nos dice que quedaron sorprendidas. Claro que se sorprendieron. Iban esperando muerte y descomposición. Iban preparadas para ungir un cadáver. En cambio, encuentran una tumba vacía y un mensajero que está a punto de decirles algo que su dolor todavía no puede procesar.

Pero esto es lo importante: se presentaron. No esperaron a tener todas las respuestas ni un plan perfecto. No dejaron que el tamaño de la piedra ni la aparente imposibilidad de la situación las detuviera. Simplemente siguieron avanzando con la pequeña fidelidad que podían ofrecer, confiando en que de alguna manera sería suficiente. Y resulta que presentarse siempre es suficiente, porque Dios nos encuentra en el movimiento. Los milagros que necesitamos rara vez ocurren cuando estamos quietos tratando de entenderlo todo. Ocurren

cuando damos el siguiente paso fiel y descubrimos que la gracia ya ha ido delante de nosotros, removiendo las piedras que creíamos imposibles de mover.

REFLEXIONA

1. ¿Qué “piedra” sientes ahora mismo que es demasiado grande para mover?
2. ¿En qué área te está invitando Dios a dar el siguiente pequeño paso, aun así?
3. ¿De qué manera has visto que la fidelidad se encuentra con una gracia inesperada?

SEMANA 6 - VIERNES

EL MENSAJE QUE LO REESCRIBE TODO

Marcos 16:6-8 (NTV) “**6** pero el ángel les dijo: «No se alarmen. Ustedes buscan a Jesús de Nazaret, [b] el que fue crucificado. ¡No está aquí! ¡Ha resucitado! Miren, aquí es donde pusieron su cuerpo. **7** Ahora vayan y cuéntenles a sus discípulos, incluido Pedro, que Jesús va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, tal como les dijo antes de morir». **8** Las mujeres, desconcertadas, huyeron temblando de la tumba y no dijeron nada a nadie porque estaban muy asustadas.”

Aquí es donde termina el Evangelio de Marcos, al menos en los manuscritos más antiguos que tenemos. No hay apariciones del Jesús resucitado. No hay manos tocando heridas. No hay desayuno a la orilla del mar. Solo una tumba vacía, un mensajero y unas mujeres que huyen llenas de temor y en silencio.

Durante siglos, a muchos lectores este final les pareció tan insatisfactorio que algunos escribas añadieron otros cierres, tratando de atar los cabos sueltos y darnos las apariciones de la resurrección que esperamos. Pero Marcos sabe exactamente lo que está haciendo. Deja la tumba vacía y la historia abierta porque quiere que entendamos que la resurrección no es el final de la historia... es el comienzo de la nuestra.

El mensaje del ángel está cuidadosamente formulado: “Buscan a Jesús de Nazaret, el que fue crucificado.” Tiempo presente para la crucifixión, porque eso es lo que ocupa la mente de las mujeres: el Jesús muerto al que vienen a ungir. Pero luego dice: “No está aquí. ¡Ha resucitado!” Un tiempo que expresa una acción completada en el pasado con efectos que continúan. Jesús resucitó y sigue resucitado. La muerte ocurrió, pero ya no tiene la última palabra.

“Vayan y díganles a sus discípulos”, dice el ángel, y luego añade dos palabras que debieron sonar como pura gracia: “y a Pedro.” Pedro, el que negó a Jesús tres veces. Pedro, el que juró que moriría antes que abandonarlo y que, sin embargo, huyó cuando todo se puso peligroso. Pedro, probablemente ahogado en vergüenza y culpa, preguntándose si lo había perdido todo. El ángel se asegura de que Pedro sepa que está incluido de manera especial en el mensaje.

Jesús va delante de ustedes a Galilea, al lugar donde todo comenzó, donde los llamó por primera vez, donde aprendieron a seguir antes de aprender a fallar. La resurrección no les pide que olviden lo sucedido ni que finjan que el viernes no dolió. Los invita a volver al inicio, al lugar del llamado, a comenzar de nuevo con el mismo Jesús y la misma misión, pero ahora con una comprensión más profunda de lo que cuesta y de lo que significa.

Y entonces Marcos nos dice que las mujeres huyeron, temblando y desconcertadas, sin decir nada a nadie. Es la reacción más humana posible. Fueron esperando muerte y encontraron vida. Fueron a llorar y se toparon con un misterio. Sus categorías se rompieron. Sus suposiciones quedaron hechas pedazos. No están listas para ser testigos de la resurrección; todavía están tratando de entender qué significa realmente.

Pero aquí está lo sorprendente: el Evangelio de Marcos termina con su silencio... y, sin embargo, nosotros lo estamos leyendo. Eso significa que en algún momento alguien habló. Estas mujeres que corrieron con miedo encontraron su voz. Estos discípulos que se dispersaron, negaron y fallaron llegaron a Galilea, se encontraron con el Jesús resucitado y se

convirtieron en el fundamento de un movimiento que, dos mil años después, sigue extendiéndose por el mundo.

Marcos termina su Evangelio en medio de la historia porque la historia no ha terminado. La tumba está vacía. Jesús ha resucitado. Y ahora nos toca a nosotros descubrir lo que eso significa, llevar este hermoso desconcierto a nuestras propias Galileas, vivir como personas que han visto la muerte derrotada y la separación superada.

La resurrección no solo nos dice que Jesús está vivo. Nos dice que el fracaso no es definitivo, que la vergüenza no tiene que ser permanente, que lo peor nunca es lo último. Nos recuerda que Dios se especializa en nuevos comienzos, en segundas oportunidades, en mover piedras que parecían inamovibles.

Marcos nos deja con una tumba vacía y una invitación, la misma que recibieron los primeros seguidores: ve a Galilea. Vuelve al lugar donde empezaste. Regresa a donde Jesús te llamó por primera vez. Él ya está allí, esperándote, listo para comenzar de nuevo.

Entonces, ¿dónde está tu Galilea? ¿A dónde te está llamando Jesús a regresar? ¿Cuál es el primer paso fiel que necesitas dar?

La tumba está vacía. El Rey ha resucitado. El hermoso desconcierto ha vencido.

Ahora te toca a ti.

REFLEXIONA

1. ¿Dónde necesitas volver a tu “Galilea”, al lugar de tu primer llamado?
2. ¿Qué te impide creer que la resurrección es posible en tu propia vida?
3. ¿Cómo está Jesús yendo delante de ti, incluso ahora?